

*ARS LONGA. ACTAS DEL VIII CONGRESO
INTERNACIONAL JÓVENES INVESTIGADORES
SIGLO DE ORO (JISO 2018)*

Carlos Mata Induráin y Sara Santa Aguilar (eds.)



ACERCAMIENTO AL ARTE DE HABLAR BIEN
EN EL SIGLO DE ORO POR MEDIO DEL JESUITA
CATALÁN ANTONIO MARTÍ ALANIS (1931-2007)

Xavier Pete Vega
Universitat Rovira i Virgili

1. INTRODUCCIÓN

Desde finales del siglo XIX es consabido que el dominio de una buena oratoria en el terreno escolástico resonó con fuerza en el primer renacer de la cultura hispánica. Fue, de hecho, Marcelino Menéndez Pelayo quien abrazó parte de los manuales de Retórica que vieron la luz durante el Humanismo español tras décadas de silencio y los introdujo en la *Historia de las ideas estéticas en España* (1883-1889). Sin embargo, hasta 1965 no hubo ningún paso en firme hacia la construcción del discurso que continuara con la labor del historiador y escritor nominado al Nobel de Literatura; tuvieron que pasar más de ochenta años para que un treintañero tarraconense, Antonio Martí Alanis, terminara por medio de su tesis doctoral, de 1965, con esta anomalía en el campo de la investigación renacentista. Su trabajo, publicado en Gredos (1972), llevó por título *La preceptiva retórica española en el Siglo de Oro* y, por retomar la senda que inició el montañés, alcanzó notables méritos, entre los que destacó el logro del Premio Nacional de Literatura Menéndez Pelayo.

Con tal reactivación de la teoría que debía regirse en el arte de hablar en los tiempos de Garcilaso, este jesuita afianzó una corriente

Publicado en: Carlos Mata Induráin y Sara Santa Aguilar (eds.), «*Ars longa*». *Actas del VIII Congreso Internacional Jóvenes Investigadores Siglo de Oro (JISO 2018)*, Pamplona, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 2019, pp. 309-320. Colección BIADIG (Biblioteca Áurea Digital), 50 / Publicaciones Digitales del GRISO. ISBN: 978-84-8081-637-3.

investigadora con poco recorrido hasta ese momento. El suyo fue un libro de referencia para muchos que quisieron seguirlo años más tarde, y cumplió una función de desbrozar caminos que no debería ser olvidada.

Martí se acercó a este campo casi sin abonar tras su paso por el jesuitismo (de 1949 a 1963), el cual pudo ofrecerle una estrecha comunión con una Compañía de Jesús que, en sus orígenes, allá por el XVI, representó una auténtica fuente de inspiración para muchos. Su estudio escudriñó los textos de aquellos preceptistas que, no sin ser cuestionados, trabajaron la Retórica en su vertiente pastoral —sin ir más lejos, fue hermano de obispo—, aunque Martí no quiso olvidarse, como debe ser, de los preceptos que fueron dirigidos también a otros terrenos de la expresión en general, como es el caso del judicial y el poético.

2. PRIMEROS PASOS HACIA UN CAMBIO EN EL ESTUDIO DE LA RETÓRICA

Si bien el estado del arte de producir sermones estuvo, como dice Miguel Ángel Garrido, en estado vegetativo, o de «esclerosis»¹, pues vertebró mayormente una continuidad de los clásicos (aristotélicos, horacianos, ciceronianos, quintilianos...), hubo tratadistas —o profesores universitarios de los *studia humanitatis*— que cultivaron otra oratoria, pensando en la sacramental, y escaparon del atolladero buscando nuevas fórmulas para que las Escrituras dejaran de malinterpretarse desde el púlpito y, por ende, se consiguiera una reafirmación de la fe cristiana mediante la persuasión, incluso en aquellas personas que contaban con una educación más bien sencilla. De ello se dio cuenta Menéndez Pelayo cuando presentó a Juan Luis Vives (quien insertó su «originalidad»² a las ideas anteriores), y también Martí. El filósofo valenciano rescató la prédica de su «estado de postración»³ con obras como *De ratione dicendi libri III*, lectura de referencia para coetáneos como «El Brocense» o Fadrique Furió Ceriol. Sus anotaciones, reprobadas por no continuar con los preceptos conocidos desde hacía unos siglos, sugirieron, por ejemplo, que el párroco hablara al labrador acerca del reino de Dios como si lo hiciera de «la semilla que cae

¹ Garrido, 2004.

² Menéndez, 1974, p. 625.

³ Martí, 1972, p. 21.

en el campo, de ese trigo que ahíja bien y echa ya las cañas»⁴. Se abría la puerta hacia un cambio del habla pedido a gritos desde hacía años.

Con Vives se materializaron tímidos pero decididos intentos para que la Retórica cobrara vida propia, a pesar de hacerlo desde Bélgica por haber tenido que pasar por un movimiento migratorio intelectual que daba síntomas de convertirse en una actividad corriente⁵. Se ofrecieron cambios, unos más acertados que otros, para poner fin a conceptos que definían esta disciplina desde hacía siglos. Uno de ellos fue la alteración de sus cinco partes clásicas (invención, disposición, elocución, memoria y acción), cuyo rechazo no tardó demasiado en llegar por parte de aquellos «postridentistas» que defendieron a ultranza el aristotelismo-tomista⁶: «Numquid tacere quoque docet haec ars?»⁷ (¿Acaso la Retórica enseña también el callar?), espetó el valenciano, como harían muchos otros tras él. En el centro de la diana hubo también la decisión de diferenciar la Retórica de otras artes en cuanto a su aprendizaje. Así, para «El Brocense», todo un peso pesado en la Universidad de Salamanca por sus tareas docentes, era preciso que se instruyera a las nuevas horneadas de oradores sin poner en el mismo saco el saber hablar (Gramática), el saber razonar (Dialéctica) y el saber adornar el lenguaje (Retórica), que debían enseñarse por este orden.

El intento de dotar de una mayor formación al clero en sus homilias se cubrió pronto de espesor y negrura⁸. Una cerrazón mental

⁴ Martí, 1972, p. 30.

⁵ Suscribimos las palabras de Luisa López Grigera cuando considera esta generación de pensadores españoles como «la primera que escribe con cierta independencia de los maestros y que tendrá conflictos con la inquisición, aunque supo solucionarlos, o al menos esquivarlos». Ver López, 1994, p. 58.

⁶ El peripatetismo iba a aparecer como una bocanada por el establecimiento tomista en el Concilio de Trento (1545-1563). Defiende el catalán que «los colegios regidos por el clero, y aun en las universidades, no se utilizaron otras obras que las producidas durante la efervescencia postridentina». Ver Martí, 1972, p. 112.

⁷ Martí, 1972, p. 24.

⁸ En el contexto inmediatamente anterior al Concilio de Trento hubo cuantiosos proyectos para reformar la iglesia y la predicación fue uno más de los aspectos que se pretendieron cambiar. En este sentido, Andrew Byrne apunta, en su estudio de tesis sobre el *ministerium verbi* renacentista y leído en la Universidad de Navarra, que «una reforma general no surte efecto sin una reforma personal». Ver Byrne, 1975, p. 27. La celebración del concilio y la entronización de Felipe II fueron dos importantes acontecimientos en la primera mitad de siglo que afectaron profundamente a España, y también a los tratadistas de Retórica.

indomable arremetió contra esta tendencia llamada a caer en desgracia desde su gestación, aunque el erasmiano de las Brozas insistiera en sus propósitos de leer a los clásicos y, a la vez, de localizar ciertas formas —más originales, por supuesto— de fomentar otro tipo de expresión en público: «Según cuenta la historia popular, los granos de coriandro con azúcar después de las comidas ayudan a fomentar la memoria»⁹, exhibió «El Brocense» en su *Ars dicendi*. La suya fue una mirada distanciada del inmovilismo que adoptaron hombres como Elio Antonio de Nebrija, quien dedicó poca tinta en su *Retórica* para ofrecer aires renovadores a nuestra maltrecha disciplina.

Fue interesante la aportación del fraile jerónimo Miguel de Salinas. Su obra, la primera escrita en lengua vulgar, captó las necesidades de un auditorio ya chasqueado, por lo que novicios de Aragón, Navarra y Castilla la Vieja se desplazaron al convento de Santa Engracia de Zaragoza sedientos de sus palabras: «Se ha de mirar que las palabras sean puras castellanas, claras, usadas y apropiadas a aquello que queremos que signifiquen»¹⁰, definió.

3. EL CONCILIO DE TRENTO. UN ANTES Y UN DESPUÉS PARA LA RETÓRICA

Los cánones del concilio asentaron el tomismo en el terreno de la teología, y de forma inmediata también el aristotelismo filosófico. Las ideas del doctor de Aquino fueron usadas acá y allá desde Trento y se esparcieron en la mayor parte de sus conclusiones, fundamentadas en cuestiones prácticas, como las que indicaban el lugar donde debían residir los obispos o las que criticaban la existencia de grandes rentas a costa de trabajar poco¹¹. Como consecuencia se produjo un acalorado debate en las aulas conciliares que, lejos de dedicar tiempo a la preceptiva retórica, enturbió cualquier atisbo de renovación. Todo ello permutó los empeños de los primeros *retores* renacentistas y dejó apenas leves tanteos de proseguir el camino que habían iniciado Vives y compañía. Ni la misma Iglesia dio síntomas de favorecer el aprendizaje de consejos para que los pastores actuaran mejor.

⁹ Martí, 1972, p. 80.

¹⁰ Martí, 1972, p. 92.

¹¹ Antonio Martí pone como ejemplo el caso del nombramiento del Cardenal Jerónimo Doria, quien gobernó durante 25 años la sede de Tarragona por medio de un vicario. Ver Martí, 1972, p. 139.

Una de las voces más destacadas en este período de reforma cristiana fue la del sevillano Benito Arias Montano. Participó en el encuentro tridentino, y con erudición poética manifestó una profunda decepción tras saber que algunos predicadores en España ni siquiera habían leído unas páginas de las Sagradas Escrituras, pero sí presumían de unos buenos dones de palabra —incluso teatrales— ante sus parroquianos:

... namque et manibus complodere stultum est
et tamen id nimiumque fraecuens, nimiumque receptum
et sese in summos digitos extollere, toto
corpore contremere, mentiri saepe dolorem
iliacum, laterique manu succurrere lasso¹².

Traducción:

... es estúpido que los oradores anden dando palmadas,
y con todo es práctica demasiado aceptada y frecuente;
se estiran como colgándose de las puntas de los dedos,
haciendo temblar todo el cuerpo, fingen a veces el dolor
de pulmones llevándose rápidamente la mano al costado.

Sobre tan alto nivel de exageración del sacerdocio se pronunció el catedrático y capellán onubense de quien fuera discípulo Montano: Alfonso García Matamoros. Desde la Universidad de Alcalá pudo tener mucho que ver en las observaciones que hicieron tratadistas postridentinos como el anterior, sobre todo cuando quiso recomendar a tantísimos predicadores pueblerinos estudiar el vocabulario de los rudos y el modo de hablar de la gente vulgar. Para lograrlo, estos debían interesarse por sus profesiones y entrar en las tabernas para analizar sus conductas y maneras de relacionarse. Con todo, ¿qué interés iban a mostrar por hablar bien aquellos que ni tan solo se habían acercado al estudio de las Escrituras?

Unos años después de Trento se notó una bajada en la calidad de los tratados sobre Retórica. Con la siempre presente influencia clásica y de acuerdo con las creencias populares de la época, numerosos teóricos terminaron diluyendo sus exposiciones en una sucesión de consejos que pretendían principalmente adornar al orador cristiano con el

¹² Citado en Martí, 1972, p. 129.

fin último de satisfacer al auditorio¹³. Fray Luis de Granada, un hombre acreditadísimo en estos años de efervescencia humanística por dominar la oratoria hasta límites insospechados, inculcó al predicador la dignidad de su oficio y la preparación espiritual, sin dar palmadas en mitad de un sermón, algo habitual en su tiempo. Otros, no menos importantes, apostaron por lecciones peregrinas como la de mantener viva la memoria conforme con la comida ingerida. Esta fue idea de Jaime Pérez de Valdivia, un buen ejemplo del prototipo de predicador práctico y autor teórico a la vez. Escribió *De Sacra Ratione concionandi* en 1584:

Sobre la memoria son muchos los que han escrito, pero también yo quiero exponer mi opinión. La temperancia de comida y bebida la conservan; en cambio, el vino la destruye, a no ser que se consuma diluido... las cosas secas son beneficiosas a la memoria, como las uvas pasas, garbanzos tostados y otras cosas por el estilo¹⁴.

También sobre la mnemotécnica dejó interesantes anotaciones Lorenzo Palmireno, uno más de los preceptistas retóricos valencianos que hubo en el Siglo de Oro. Como si se tratara de un experto en la materia, este humanista de Alcañiz dejó una teorización sobre los tipos de cerebros que podían existir (el seco, tardo en recordar, pero tenaz; el húmedo, rápido en aprender, pero absorbente del mal)¹⁵, además de unas sugerencias para mantener el recuerdo en buenas condiciones: según él, la barba corta desvanecía el olvido de las palabras, así como lavarse la lengua por las mañanas o peinarse con peine de marfil.

¹³ Una de las influencias más notables que hizo adoptar una postura de impugnación hacia el peripatetismo exagerado al que había llegado la filosofía de aquel tiempo fue la del francés Pedro Ramus (1515-1572).

¹⁴ Martí, 1972, p. 166.

¹⁵ Parece ser que pudo haber cierto interés por los entresijos del cerebro humano. El médico gaditano Andrés Velázquez habló en esa época de los daños que el frío ocasiona en la memoria, produciendo pérdida parcial o total de memoria y confusión mental. Ver Bartra, 1999, p. 9. En 1993, un estudio de Josep Lluís Barona presentó las reflexiones de uno de los médicos de Carlos V, el catalán Bernardino Montaña de Monserrate. Según él, la memoria residiría en el cerebelo, afirmación parecida a la que defendían las tesis galenistas, por ser «más duro y capaz de retener con firmeza las figuras y especies de las cosas». Ver Barona, 1993, p. 69.

En la extensa lista de biempensantes y reformadores con la que Antonio Martí presentó su tesis doctoral, el franciscano Diego de Estella merece un interés especial. Nacido en las tierras donde se lleva a cabo el Congreso en que presentamos el presente estudio, ofreció una visión mucho más clarividente y realista de lo que sucedió en el púlpito renacentista, sin escatimar tampoco en jocosas recomendaciones a lo largo de sus reflexiones. Analizando al hombre que transmitía la palabra de Dios, lo situó lejos de cualquier soplo de virtud y sabiduría. Por eso, le insinuó que tuviera a Santo Tomás como un familiar más y llevara los libros sagrados siempre consigo, como el carpintero que llevaba a cuestas su hato de herramientas para el trabajo. Su obra *Modus concionandi*, de 1576, adoptó el formato de guía pastoral, e impulsó un relato con el que todo orador pudo encontrar motivos suficientes para evitar los cambios de tono en su voz, así como el uso de palabras que podían aparentar una falsa humildad. Sin embargo, la consecución de tales propósitos debió dejar mucho que desear a tenor de la poca insistencia que se mostró para ponerlos en práctica.

En tiempos de Estella formaban legión los predicadores que se acercaban a las técnicas conceptistas y demostraban ya poseer una facilidad de palabra que ofendía a todos los oídos por su excesiva pomposidad. Esta situación provocó que el navarro requiriera sustituir los chistes y las gracias por frases agudas y exquisitas que pudieran demostrar cierta maestría.

Acabaremos este apartado con Juan de Guzmán. Puede decirse que se trata del defensor de la claridad, pues hubo pocos preceptistas como él que la mencionaran tanto en sus obras. Mientras la Retórica vivía ahogada en fórmulas mágicas y mezquinas para producir discursos más que bochornosos, Guzmán echó mano de los libros de Hermógenes para dividir las palabras que usaban los oradores sacros según el tipo de letras que las integraban:

Porque de la manera que las palabras compuestas de A, O y que admiten P M R S B y consonantes dobladas son sublimes, así las que se compusieren de E serán mediocres, como *deseo, pelo, feo*. A los cuales se ayuntarán las que en significación significan mediocridad, como *huerta, casa, sayo*. Y las mínimas serán las que en su composición tuvieran V, I, que son letras débiles en su pronunciación, y de poco aliento, según se vee en estas palabras: *spiritu, lindo, vicio, tío* y en otras¹⁶.

¹⁶ Martí, 1972, pp. 213-214.

4. EL PAPEL DE LOS JESUITAS EN LA RETÓRICA DEL SIGLO DE ORO ESPAÑOL

El siglo XVI no acabó de la mejor manera que se podía esperar para la Retórica sacra —que no fue más que una adaptación de las retóricas clásicas aprendidas en las universidades. Rico Verdú habló ya de un Humanismo falto de energías en los inicios del Barroco¹⁷.

Con esta situación, los jesuitas fueron los abanderados del ideal humanístico en el plano de la enseñanza universitaria a través de su *Ratio studiorum*, el plan de estudios pedagógico que la Compañía de Jesús desarrolló —a modo de *corpus*— desde 1599, y también del ministerio de la predicación. Antes de que llegaran las reformas universitarias del siglo XVIII y se iniciara un crecimiento de las ciencias experimentales, esta milicia de pensadores defendió el uso del latín, subordinó sus esfuerzos a la Teología y las Sagradas Escrituras, y se acercó al aristotelismo sin dejar de lado la modernidad en las sesiones prácticas en que se trabajó la Retórica. Para tal empresa, no dudaron en hacerlo creando colegios a escasos kilómetros de algunos centros universitarios cuando no eran aceptados para dar clases en alguno de ellos —en este caso, de Gramática— por no haber accedido por oposición.

Entre los autores que se atrevieron a escribir sobre Retórica se observaba cada vez más la necesidad de tomar posiciones ante el fenómeno conceptista: faltaba entendimiento, al estilo de Paravicino, predicador en la corte de Felipe III, y sobraba estilo culto, que apenas convencía. A ello se sumaba la muerte de los primeros humanistas en las aulas, e incluso una sustitución progresiva del latín por el romance por parte del alumnado. Hasta Lope de Vega se lamentó por los excesos a los que llegaban obispos, jefes y sacerdotes:

Contra los que predicán culto

¡Oh, palabra de Dios, cuánta ventaja
hicieron con sus puras elocuencias
Herreras, Delgadillos y Florencias
a la cultura que tu nombre ultraja!
Ya no eres fuego que del cielo baja,
mas hielo a nuestras almas y conciencias,

¹⁷ Rico, 1973, p. 57.

después que metafóricas violencias
te venden como nieve envuelta en paja¹⁸.

Tuvieron fama en los colegios de la Orden jesuítica las normas estéticas renovadoras que defendieron jesuitas como Soarius Cyprianus, Francisco de Borja (quien recomendó crear los sermones del mismo modo que lo hizo Dios al crear la Tierra) o Luis Alfonso de Carvallo, pero destacamos por supuesto un nombre de todos ellos, el de Baltasar Gracián.

Martí Alanis puso de manifiesto que no puede esbozarse un estudio del conceptismo en el siglo XVII sin tener en cuenta a Baltasar Gracián. Ciertamente es, pues este jesuita aragonés recomendó a los oradores de su tiempo que se acogieran a un término medio entre los excesos y la pasividad, y así distanciarse de cualquier indicio de vulgaridad en su habla. La Retórica, muerta y despreciada ya, iba siendo sustituida por el conceptismo en el púlpito, y el reguero de ideas graciánescas serían caldo de cultivo de una nueva forma de predicar, suficientemente defendida por Baltasar según se ve en el *Criticón* o las *Agudezas*, donde se elogian los sermones del Padre Pinto. El escritor tuvo seguidores entre los jóvenes jesuitas que decidían arrimarse a la orden tras leer sus teorías literarias, a pesar del conservadurismo propio de la *Ratio*. La Compañía atacó todo lo barroco en el arte de hablar, pero pronto tuvo que ceder y adaptarse a este sistema estético en todas las facetas artísticas en las que destacó. Recuérdese, en este sentido, la basílica de Loyola de Azpeitia, construida alrededor de la casa natal de Ignacio de Loyola, fundador de esta congregación religiosa.

5. EL IMPACTO DE MARTÍ ALANIS EN LA INVESTIGACIÓN DE LOS SIGLOS XX Y XXI

No resulta difícil encontrar lagunas en *La preceptiva*, sobre todo al tratar pensadores sin la base contrastiva que confiere hoy en día la posibilidad de contar con una vasta bibliografía en un buen trabajo de investigación. Por ejemplo, algunos de los autores tienen unas fechas de nacimiento o de muerte que no coinciden con las que se han conocido posteriormente. Por eso, más que un estudio completo de lo que sucedió con la Retórica en una de las épocas más fructíferas de

¹⁸ Citado en Martí, 1972, pp. 279-280.

nuestras artes, debe verse la obra de Martí como una reivindicación cultural y artística en el ámbito de la religión, y como el intento de dar a los investigadores venideros la opción de hallar los libros que repasó, dispersos por España.

Puede llamar la atención el elevado número de bibliotecas que pisó Antonio Martí para localizar su materia prima; la Nacional de Madrid y la Universitaria de Barcelona, que albergaban una mayor cantidad de publicaciones, fueron las más frecuentadas. De hecho, esta parece ser una actitud sintomática de lo que terminó haciendo unos años más tarde¹⁹.



<i>Relación de bibliotecas visitadas por Martí</i>	
Central de Barcelona	Universitaria de Granada
Diputación de Córdoba	Universitaria de Santiago
Nacional de Madrid	Universitaria de Salamanca
Monasterio de Poblet	Universitaria de Sevilla
Universitaria de Barcelona	Universitaria de Valencia
Universitaria de Coímbra	Universitaria de Cervera

Hasta la última obra publicada antes de echar el cierre a este proyecto (una versión revisada por Miguel Ángel Garrido de *El arte de hablar en público* de Antonio de Nebrija, con notas para el público no especializado y publicada en Rialp) han sido muchos los libros que se

¹⁹ Martí Alanís viajó por medio mundo tras su ingreso jesuítico, antes y después de terminar sus estudios universitarios. Estados Unidos, Japón, Italia o Canadá fueron algunos de los destinos de las que hemos dejado constancia en nuestro proyecto de fin de carrera, que ha consistido en una disertación sobre la vida y la obra del profesor. Sin duda, la suya fue una vida repleta de movimientos con los que Martí aprendió, por ejemplo, a dominar el idioma nipón casi a la perfección.

han acercado al de Martí para dar a conocer las distintas vertientes de este bello arte. Destacan, por eso, las obras de M.^a Luisa López Grigera, Elena Artaza y Ángel Luis Luján, entre muchos otros²⁰. Así pues, las quejas del profesor por no hallar estudios sobre la cuestión que le atañó perderían consistencia rápidamente si el crítico tarraconense se pusiera hoy a redactar su tesis doctoral. Es preciso insistir en que los estudios elaborados sobre el Siglo de Oro español han llegado a nuestros catálogos recogiendo muy buenos frutos en los últimos tiempos, con obrillas de distinta índole que fatigan menos, en su tarea, al ávido investigador. Estas han sido algunas de las impresiones recogidas sobre el libro de Martí:

Recuerdo que don Justo García Morales, jefe de Información Bibliográfica de la Biblioteca Nacional por los años setenta, me habló de la búsqueda de ediciones antiguas por parte de este señor. Creo recordar que me dijo que procedía de estudios escolásticos, y eso explicaría que su libro no sea sobre Retórica, sino sobre *ars praedicandi*²¹.

(Luisa López-Grigera, catedrática de Filología en la Universidad de Michigan y autora de *La Retórica en la España del Siglo de Oro*)

El libro del profesor Martí fue uno de los estudios pioneros en la investigación de las Retóricas del XVI. Cuando comencé mi tesis, en 1978, no existía más información sobre las obras escritas en ese siglo que este manual y el de José Rico Verdú, *La retórica española de los siglos XVI y XVII*, del año siguiente. Gracias al profesor Martí localicé casi todos los textos con los que pude trabajar.

(Elena Artaza, profesora de la Universidad de Deusto y autora de *El «ars narrandi» en el siglo XVI español*)

Lo que recuerdo del libro de Martí es que me fue muy útil como sistematización del estado de la Retórica en el Siglo de Oro.

(Ángel Luis Luján, profesor de Literatura en la Universidad de Castilla-La Mancha y autor de *Retóricas españolas del siglo XVI. El foco de Valencia*)

²⁰ Fernando Romo, profesor de la Universidad de Vigo, elaboró una lista con los nombres de aquellos investigadores que quisieron ofrecer nuevas luces de interpretación al cederrón de retóricas españolas que se publicaron en el Siglo de Oro. Ver Romo, 2005, pp. 211-219.

²¹ Se han recibido tanto estas como las siguientes palabras tras haber contado a sus autores nuestro interés por sus proyectos sobre la Retórica en el Siglo de Oro; por decirlo de algún modo, herederos del de Martí.

Dada la redimensión que ha vivido la semiótica en la actualidad, donde el habla es ya una herramienta utilísima y necesaria para todo cargo profesional que se dirija a unos oyentes mucho más activos que los de Vives o Salinas, se hace más apetecible una comparación entre la Retórica de hoy y la que expusieron los tratadistas de hace quinientos años. Esta puede ser una tarea de la que se ocupen las próximas generaciones de investigadores. Lejos de las manías y los conceptos que corrían por la mente de los retóricos renacentistas, el arte de hablar lleva consigo la herencia genética de nuestros más originales predecesores.

BIBLIOGRAFÍA

- BARONA, Josep Lluís, *Sobre medicina y filosofía natural en el Renacimiento*, Valencia, Seminari d'Estudis sobre la Ciència, 1993.
- BARTRA, Roger, «Melancolía y ciencia en el Siglo de Oro», *Ciencias*, 55-56, 1999, pp. 4-12.
- BYRNE, Andrew, *El ministerio de la palabra en el Concilio de Trento*, Pamplona, Eunsa, 1975.
- GARRIDO, Miguel Ángel, *Retóricas del siglo XVI escritas en latín* [edición digital], Madrid, Instituto de la Lengua Española (Consejo Superior de Investigaciones Científicas), 2004.
- LÓPEZ GRIGERA, Luisa, *La retórica en la España del Siglo de Oro*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1994.
- MARTÍ, Antonio, *La preceptiva retórica española en el Siglo de Oro*, Madrid, Gredos, 1972.
- MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino, *Historia de las ideas estéticas en España*, 4.^a ed., t. 1, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1974.
- RICO, José, *La retórica española de los siglos XVI y XVII*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1973.
- ROMO, Fernando, «La investigación sobre retórica en España en los últimos años», *Revista Iberoamericana*, 19, 2005, pp. 211-219.